

La parte Olvidada

**La parte
Olvidada**

Eduardo Parody

La desgracia o la felicidad es secreto de las paredes

(Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*)

Primera edición, 2016

© Eduardo Parody, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-946389-2-3



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5,
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Imagen: Eduardo Parody

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Capítulo 1 – 2014

1

Un pasillo alargado, solitario, de paredes blancas, de techo blanco, de suelo blanco, impoluto, brillante, como si lo hubieran encerado recientemente. Unas losetas que parecían no haber sido pisadas nunca. Un sonido que perturbaba el silencio imperante en aquel lugar desde hacía unas horas, el eco lejano de unos pasos que se acercaban, un caminar acelerado, unos zapatos conteniendo unos pies inquietos cuyos tacones contactaban rítmicamente con la superficie albina produciendo una suerte de tic-tac de reloj, pero de un reloj especial, uno que marcaba segundos más rápidos de lo habitual. El tic-tac que se iba haciendo más claro hasta dibujar la imagen que lo provocaba, tres personas avanzando a través del área de Oncología del Hospital Virgen del Rocío de Sevilla. Habían pasado ya las doce de la noche, y acompañaban sus pasos firmes con una pronunciada expresión de preocupación en sus rostros. Uno de ellos iba delante, fijándose bien en los números de las habitaciones que dejaban atrás, mientras que las dos mujeres que le seguían lo hacían a un paso más lento, la más joven con claros signos de haber llorado, ayudando del brazo a la mayor, que andaba con la mirada perdida, descolocada. No había palabras entre ellos, no era necesario, cualquiera que observase la escena desde el exterior podría adivinar que no eran buenas noticias las que esperaban o de las que habían sido informados.

Ciento catorce, ese era el número proporcionado en la recepción por la amable administrativa, a la que se le notaba estar disfrutando

de los momentos de tranquilidad que suponía el turno de noche en comparación con el diurno. A esas horas no estaban permitidas las visitas, pero el guarda de seguridad había hecho una excepción al comprobar el estado de ansiedad en el que aparecieron los tres y su clara predisposición a subir a la habitación se lo permitiesen o no. El dolor y la preocupación ajena resultaban imposibles de frenar, bien lo sabía el que controlaba la puerta, acostumbrado a lidiar con pacientes y familiares en situaciones similares, con lo que no opuso resistencia. Así que una vez dejado atrás el ascensor y alcanzado el giro que daba al pasillo de las habitaciones que iban de la número cien a la ciento veinte, pudieron ver un poco más allá de la mitad del mismo a una figura reconocible que paseaba preocupada de un lado a otro.

—¡Edith! ¿Cómo estás? ¿Qué tal papá? —dijo el primero, interrumpiendo el profundo silencio que invadía el ambiente a esas horas de la noche.

—Hola, Luis —dijo la tal Edith, antes de besarle y abrazarle.

Vio quiénes venían detrás de él, y se preparó para saludarlas, intentando contener las lágrimas, simulando con su voz lo que su rostro no podía ocultar.

—Hola, Sonso —dijo, besando y abrazando a la joven—. Hola, Nuria, ¿qué tal? —Besó también, aunque de manera algo más fría, a la mayor.

—¡Edith! —fue lo único que alcanzó a expresar Sonso.

Nuria permanecía callada, esperando a recibir las noticias. Edith miró a los tres, deteniéndose, sobre todo, en los dos jóvenes. Estaba cansada, se podía apreciar en su cara, en sus gestos, en el propio lenguaje corporal, los hombros caídos, el cuerpo encorvado, los ojos enrojecidos y ojerosos. Nada quedaba de la personalidad jovial y la actitud alegre que la había caracterizado a lo largo de su vida, y que habían conocido Luis y Sonso desde pequeños, lo cual les daba una

idea del sufrimiento que estaba experimentando y de la importancia de las circunstancias ante las que se encontraban.

—Esta mañana se empezó a sentir mal —explicó Edith, mirando hacia abajo, con ese acento francés que tan tierno les había parecido siempre—. Para que él mismo lo dijese, ya imaginaréis lo que tendría que estar sufriendo...

—Joder... —dijo Luis.

—Casi no se podía incorporar, así que llamamos a una ambulancia para traerlo aquí y que le hiciesen unas pruebas. —Parecía hacer un esfuerzo con cada palabra, como si le costasen salir más de la cuenta, como si no estuviese preparada para digerir el trance de explicar aquel acontecimiento—. Llevaba unas semanas muy débil, y aunque sabíamos que esto iba a ocurrir, que tarde o temprano íbamos a vivir esta situación, no es lo mismo cuando finalmente llega... El doctor dijo que los análisis médicos habían sido concluyentes, el cáncer de pulmón se ha extendido tanto a la parte superior como a la inferior hacia arriba como hacia aba ocupando el área cerebral y el hígado. No hay nada que hacer...

La brillantez de sus ojos y esa manera de explicar los antecedentes dejaban entrever una amarga melancolía, como si sus palabras procediesen del mismo estómago una vez hubiesen sido digeridas. Ya habría llorado lo suyo antes, imaginaba Nuria, afectada de igual forma por aquellas noticias. Hacía más de treinta años que se separaron, pero compartían dos hijos, y eso había hecho que no perdiesen el contacto, así que no podía procesar el diagnóstico como algo que le ocurría a un desconocido. Era su ex marido, el padre de sus dos hijos, y sin duda le dolía, le hacía volver al pasado, a los momentos compartidos, a la felicidad, a ese territorio cerebral en donde se alojan los recuerdos y que tan difícil es controlar cuando se desbordan. A pesar de conocer desde hacía meses su débil estado de salud, nunca llegó a imaginar que aquello fuese a

sucedier de verdad, que él fuera el primero en despedirse de todos, tan activo como era, tan inquieto y buscador de aventuras.

Sonso no podía articular palabra, pues la emoción la mantenía en una tensión creciente. Luchaba por no ser ella la que rompiera a llorar, aunque sabía que iba a ser difícil. Ella era su princesita, así le llamaba él desde pequeña, cuando tan tímida lo observaba escondida detrás de Nuria al volver a casa después de semanas de trabajo destinado en algún lugar de España donde hubiese una noticia que cubrir.

Los primeros síntomas de la enfermedad hicieron su aparición hacia poco más de un año, ¿tan pronto llegaba a su final? Cuando un ser humano se enfrenta a algo tan complicado de procesar, la esperanza acaba invadiendo todas las áreas de la mente y, sobre todo, del corazón de los familiares, y esa esperanza impide a cualquier persona dar la verdadera importancia que un mínimo cambio puede representar en la vida de otras personas. Todos los fármacos, pruebas y tratamientos habían sido interpretados por la familia como avances para la curación, cuando la propia realidad les estaba advirtiendo de que no estaba produciéndose mejoría alguna, sino más bien al contrario, no terminaba de responder correctamente a la medicación ni a la quimioterapia.

—¿Está dormido ahora? —logró preguntar Luis, tocándose la frente, como sosteniendo la preocupación con la mano.

—Está adormilado, de vez en cuando dice algo —respondió Edith.

—¿Y Dominique? —preguntó Sonso.

—Dentro, con él. No se ha separado de su cama. No quiere irse.

Luis le hizo un gesto a su hermana, proponiéndole entrar en la habitación. Ella se acercó con sigilo, preparándose para el inevitable momento. Abrieron la puerta con cuidado y en silencio. Nuria se quedó fuera con Edith. Un leve gesto de la mano de aquella en el hombro de esta dejó entrever una suave muestra del cariño y

respeto que nunca antes se habían demostrado. Las dos mujeres que habían convivido con Juan iban comprendiendo que el momento del adiós definitivo se acercaba irremediabilmente.

2

La cama, el enfermo cubierto con las sábanas, el calor típico con el que se suelen ambientar las habitaciones de hospital, ese calor que seca las lágrimas y la garganta, y el sonido continuo de la máquina que controlaba las constantes vitales de Juan, eso fue lo primero que percibieron los dos al entrar. Después miraron su brazo derecho, el que no tenía las vías puestas, que estaba sujeto por una mano de un chico que, cansado, había recostado la cabeza entre sus brazos, apoyada en la cama, cuando el ruido de la puerta le hizo despertar e incorporarse.

—¡Dominique! —susurró Sonso, tratando de no perturbar el silencio de la habitación.

Los dos se acercaron al chico, de unos veinticinco o veintiséis años, que se había incorporado también, pero con la dificultad de tener que soltar la mano de su padre, y con ello despertarlo.

—No, no —le advirtió Luis, también hablando bajo—. Quédate ahí, no lo vayas a despertar.

Los tres entraron en contacto, se besaron y abrazaron, el pequeño con un solo brazo, pues el otro seguía sosteniendo la mano de su padre, los mayores rodeándole con cariño. Juan no podía advertirlo, sumido en la mezcla de dolor y somnolencia que su enfermedad y los medicamentos suministrados provocaban en su estado, pero, sin haberlo planeado, había logrado convocar a los que él siempre había querido, a los que resumían su pequeña historia vital, lo poco o mucho logrado en su vida, rodeado por sus tres hijos y sus dos mujeres, todos, al fin, juntos.

3

La noche fue larga, y Juan estuvo permanentemente acompañado de aquellas cinco personas que, o bien permanecían dentro de la habitación, o se salían a los asientos de afuera, abrigados por el silencio y la soledad de una sala de espera de hospital a esas horas. Los tres hermanos se pusieron al día de sus vidas, así como las dos mujeres, que también se informaron de cómo les había ido a los hijos de la parte contraria. Lograron reír durante aquella noche, en medio del tétrico momento, al recordar anécdotas de cuando eran niños, de cuando eran jóvenes y de las vivencias de Juan. Comentaron sus momentos felices, así como los más dramáticos. Una le contaba a la otra algunos sucesos que desconocía del enfermo por ser de la época anterior a conocerse, y la otra hacía lo propio a la una por ser de los años posteriores a divorciarse, logrando despojar de importancia y seriedad a aquellos momentos que en su día fueron tan conflictivos.

Los cinco tuvieron oportunidad de pasar unos minutos a solas con él. A pesar de las pocas fuerzas y de los escasos momentos de lucidez, Juan intentaba aparentar que no sufría tanto, rogándoles que no se preocupasen, que estaba bien, y que le alegraba ver a todos juntos. Le animaba comprobar, al verlos, que no hubiese resultado tan mal su paso por el mundo y que, de alguna manera, dejara un legado en forma de familia.

Sus palabras se iban interrumpiendo entre el sueño y la vigilia, entre toses e insuficiencias respiratorias. En los instantes que cerraba los ojos, no podía evitar acordarse de lo vivido, intentando ser consciente hasta el último momento de chispa vital que tuviese oportunidad de vivir. En esos sueños que iba intercalando, que más bien eran cruces de pensamientos, aparecían sus principales etapas, desde su nacimiento allí en Sevilla, pasando por los múltiples lugares donde había vivido hasta volver a recaer, ya jubilado, de nuevo en su

ciudad natal. Entre cada reflexión profunda, en aquellos últimos minutos, parecía rozar una certeza que luego se escapaba, como un significado que había estado oculto o escondido durante toda su vida. Ahora pensaba que tal vez había experimentado momentos en los que se había servido de aquel conocimiento que ahora le permanecía esquivo, que tenía en la punta de la lengua, en el extremo del cerebro, sin posibilidad de acceso.

Pocos minutos antes del amanecer, cuando comenzaba a adivinarse la progresiva aparición del color azulado del cielo a través de la ventana, así como el sonido de pájaros empeñados en dar los buenos días con sus hermosos cánticos, y de coches que iniciaban su desplazamiento con no tan agradables decibelios, los cinco se encontraron en la habitación. No sabían por qué esperaban, pero esperaban. No lo sabían, o quizás sí, era evidente. Esperaban lo inevitable, pero no querían esperarlo. Lo esperaban sin esperar, lo esperaban con esperanza de que no ocurriese, de que algo distinto sucediese. Lo esperaban con esa esperanza reiterativa que infecta la parte lógica del cerebro, y que hace a la persona agarrarse a un clavo ardiendo antes de asumir que lo inevitable, por inevitable, llega seguro.

Luis y Dominique estaban sentados en el suelo, apoyados en la pared, el mayor preguntándole qué tenía pensado hacer para el próximo verano, el menor tratando de poner en pie todos sus propósitos. Sonso estaba sentada en la otra cama y Nuria y Edith en sendas sillas, esta al lado de Juan, aquella al lado de Sonso. En ese momento, algo interrumpió el descanso del enfermo, de manera que empezó a impacientarse, a moverse, soñando, retorciéndose incómodo.

—Juan, ¿qué pasa? —susurró Edith con un cariñoso tono de preocupación—. Estamos todos aquí, estamos contigo, cariño —le

decía al oído, apretándole la mano, mientras él no dejaba de revolverse.

Todos se levantaron y se situaron alrededor de la cama.

—¡Dejadle respirar! —dijo Nuria—. Sonso, ¡ve a avisar a la enfermera!

La preocupación se deducía del rostro de los tres hermanos, la atención puesta en su padre, que no dejaba de moverse y balbucear palabras ininteligibles.

—No, mamá, no puedo irme —contestó Sonso, como abducida, con los ojos fijos en su padre.

Nuria no había visto nunca a su hija tan decidida como en aquel momento, con la mirada ausente de toda sensibilidad, como si fuese perfectamente consciente del momento al que estaba llegando, sin tener ninguna intención de perderse lo que allí iba a suceder.

—¡Edith!, *mon amour* —dijo Juan, de entre todas las palabras ininteligibles, mientras respiraba con dificultad y entrelazaba pequeñas frases—. Ahora lo entiendo, cariño, ahora sí... es todo tan fácil... ¡Dominique!, ¡mi pequeño! Cuida de tu madre, nunca la dejes sola...

Nadie podía quedar impasible a sus declaraciones porque esas podían ser, y todos ellos lo comprendían, sus últimas palabras. Por eso Sonso no había querido irse. Dominique no pudo reprimir las lágrimas.

—Ahora lo entiendo, ¿sabes, Dominique? —continuaba, revolviéndose más lentamente— ¡Luis! Tú te darás cuenta, seguro, tú eres listo, tú lo sabrás, tú lo entenderás... todo es tan sencillo... ¡Sonsoles! ¡Sonso, mi princesita Sonso! Tú cuida de todos, ¿eh? ... ¡Tan fácil! ¡Sólo era eso!... cuida de todos, Sonso, no dejes nunca a tu madre... ¡Nuria!

Nuria no esperaba aparecer entre sus pensamientos. De hecho había creído que sobraba en aquel lugar, que no debería estar allí,

pues habían vivido tanto juntos, pero en un tiempo tan lejano... Los últimos recuerdos, aquellos que al fin dieron paso a la indiferencia, estuvieron cargados de rencor y de lucha y, aunque el tiempo los hubiese aplacado, aunque todo se suavizó cuando centraron sus vidas en la preocupación por sus hijos, y recondujeron las suyas propias con otra persona, el verdadero poso que quedó no era el del odio sino el del amor que un día existió, aunque hubiese sido muy lejano. Por eso no podía irse, por eso no podía abandonar a sus hijos en ese momento. Por eso no abandonó a Juan.

—¡Nuria!... ahora lo entiendo, Nuria, lo hablábamos cuando éramos jóvenes, ¿no te acuerdas?... La juventud... lo tenemos todo dentro... ahora recuerdo a Yan... todo era Yan...

Y tras esas palabras, tras ese nombre que sorprendió a la audiencia, tras ese cruce de miradas que todos se dedicaron, Juan dejó escapar un suspiro, el último, ese por el que se escapa la vida, ese por el que se viene la muerte, silenciosa, tan callando.

Capítulo 2 – Despertar

—Ahora puedes abrir los ojos.

Fueron esas las palabras que escuchó, firmes, graves, las primeras que oía, como si fuesen dichas por un capitán frente a su pelotón y tuviese que obedecer sin más alternativa. Antes de aquello no sabía qué era la voz, qué eran las palabras, ni qué querían decir estas. Antes de eso no había nada. Antes de eso no sabía nada. Pero ahora al menos sabía que oía, que alguien se estaba dirigiendo a él. Y le hizo caso, abrió los ojos.

—Muy bien, muy bien. Así. Quizás te moleste la claridad, o te repela la oscuridad, no sé de qué manera estarás percibiendo esto, ni de qué forma me estarás viendo a mí —dijo el hablador.

Y efectivamente, le produjo cierto impacto mover los párpados, pero tras algún que otro pestañeo doloroso, logró abrirlos del todo. Miró lo que tenía enfrente, y tardó en enfocar una mesa, y detrás de ella una silueta oscura. Giró la cabeza a ambos lados, y a su espalda, como para ubicarse, y todo lo que veía era nada. O quizás fuese todo. No sabía si aquello era luminoso o por el contrario oscuro, pues era la primera vez que veía, la primera vez que se percataba de algo y, de momento, sólo podía atender a formas, a siluetas, la de la mesa, la de alguien que tenía enfrente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ambos estaban sentados, tanto el protagonista que tenía al otro lado de la mesa como él mismo.

—Estarás algo confundido, intentando adivinar dónde te encuentras, quién soy yo y, lo más importante, quién eres tú.

Empezarás a sentir cierto temor al ir comprobando cómo ahora, de repente, ERES.

La silueta continuaba hablando de forma sosegada, dejando pasar más segundos de la cuenta entre una palabra y otra, entre una frase y otra, permitiendo a su interlocutor disponer del tiempo suficiente para asimilar la situación en la que se encontraba.

—Me ves y me oyes.

Y al decir esto, lo que antes sólo parecía una silueta se iba aclarando a los ojos del otro, comenzando a percibir de forma más clara la cabeza, los hombros, el torso, los brazos, las manos, los dedos.

—Comienzas a reconocer algo más en mí. Y en ti.

Y, efectivamente, al mirar a la silueta, que ahora comprendía ser una persona, se identificaba a él mismo al verse sus propias manos, sus propios brazos, su torso, sus hombros, y al palpar su cara, su cabeza y su pelo. Lo que veía era un ser humano, y él era otro. Al menos eso se decía a sí mismo. Al menos eso pensaba. Pues se daba cuenta de que estaba pensando. Estaba hablando en su interior sin producir sonido alguno, y entendía, no sabía por qué, que aquello debía ser “pensar”. Estaba siendo consciente de sí mismo al ver a la otra persona que tenía enfrente.

—¿Quién eres? —Fueron las primeras palabras que pronunció, dirigidas a aquello que antes tan sólo era una silueta.

—¡Vaya! —dijo, como sorprendido, el otro—. ¡Tenía interés en saber qué tipo de ser tenía enfrente! La eterna duda entre los que preguntan antes sobre quién soy yo y los que se interesan sobre quiénes son ellos mismos. ¿Es que acaso ya sabes quién eres que no necesitas preguntármelo?

La expresión del otro mostró cierta confusión, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo mental, como si aquello que le estaba preguntando tuviese una complicada respuesta o fuese un acertijo de

difícil solución. Tras unos segundos pensando, logró articular sus segundas palabras.

—Te veo a ti, y me reconozco a mí. Creo que somos parecidos, o al menos pertenecemos a lo mismo. Si logro saber quién eres tú estaré más cerca de conocer quién soy yo.

—Está bien, está bien —dijo este, sorprendido por la clarividencia de su reflexión—. No quería ser descortés, es sólo que esta es la parte que más me gusta, el principio, el comienzo de todo, e intento alargarla lo máximo posible. Toda función que uno cumple se convierte en monotonía cuando se realiza tantas veces como yo he realizado la mía, así que trato de recrearme en los pequeños detalles. Y el inicio es uno de esos pequeños detalles.

Dicho esto, con decisión, como tratando de dar un impulso al estático momento en el que ambos se encontraban, se levantó, echando la silla en la que estaba sentado hacia atrás. El otro pudo así observar el resto de aquel cuerpo, un par de extremidades inferiores que sabía que respondían al nombre de piernas. Se miró a sí mismo y comprobó que también él las tenía, percatándose de la parte final, los pies. El que antes era sólo una silueta vestía un traje negro que cubría todo su cuerpo de una sola pieza. Ahí vio la diferencia entre ambos, pues él llevaba el mismo traje, pero en blanco.

—¿Te gusta la ropa que llevas? —le dijo al recién despertado—. ¿O te gusta más el mío?

Este se miró también a sí mismo, haciendo un poco de teatro, como si estuviese posando, o desfilando cómicamente, abrochándose y desabrochándose la chaqueta.

—Este es uno de los trajes que más me gusta, sí señor, has elegido bien.

Esa afirmación produjo una sorpresa en su compañero.

—¿Yo? ¡Yo no he elegido nada! —contestó rápidamente—. Respóndeme, ¿quién eres?

—Bueno, bueno, no es aún el momento de decirte quién soy. Lo descubrirás al final de lo que tengo que contarte, que no es poca cosa. Pero por hacer unas presentaciones que nos permitan dirigirnos el uno al otro, me puedes llamar Yin.

—No me ha satisfecho tu respuesta, así que iré a la siguiente, ¿quién soy yo?

—Me parece que esta respuesta tampoco te va a gustar, pues aludiré a lo mismo, no es el momento aún de decirte quién eres, pero es cierto que veo necesario, para el bien de nuestra conversación, que tengas un nombre, para poder dirigirme a ti.

—Tampoco hay tanta gente por aquí —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor—. No creo que te confundas con cualquier otra persona...

—¡Vaya! ¡Ya usas la ironía y todo! Vas muy rápido. Venga, ¿cómo quieres que te llame?

—Pues si tú te llamas Yin, yo me llamaré Yan —dijo mostrando seguridad—. Sí, me puedes llamar Yan. Me gusta.

Yin soltó una carcajada, casi como una tos. “¡Menuda sorpresa!”, parecía decir aquella risa.

—Está bien, Yan, está bien. —Aún sonreía—. ¡Seremos Yin y Yan, entonces! Vamos, levántate, tengo algo que contarte.

